

Sobre la alegría. El «homo gaudens»

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. VÍCTOR GARCÍA HOZ (*)

POR QUE EL TEMA DE LA ALEGRÍA

El tema de la alegría puede parecer baladí, y aun fuera de tono, en un tiempo como el nuestro en el cual tantos problemas y factores negativos agobian al hombre de hoy. Quizá tal situación haga más necesaria una reflexión sobre esta materia.

Por otra parte, me parece interesante decir que la cuestión de la alegría me ha venido como impuesta por los resultados de algunos trabajos en los que no aparecía de una manera explícita.

Cuando, tras un estudio sobre los ascéticos y místicos españoles, escribí la *Pedagogía de la lucha ascética* (1941), me encontré en la necesidad de escribir un capítulo dedicado a la alegría. Necesidad que me vino impuesta, con gran sorpresa por mi parte, puesto que operando en la idea común de que la ascética es una manifestación grave y hosca de la vida humana, me encontré con que la ascética y la mística cristiana, y de modo especial en Santa Teresa, se hallaban como atravesadas por una subterránea corriente de alegría que fecunda toda la vida.

Pero, tras esta impresión, las obligaciones concretas de la enseñanza y de los temas de estudio que por entonces ocupaban mi atención, la idea de la alegría siguió soterrada hasta que nuevas circunstancias, en las que originariamente no tuve parte ninguna, volvieron a poner el tema sobre el candelero.

(*) Sesión del día 14 de diciembre de 1984.

En 1979, en el que se conmemoró el Año Internacional de la Infancia, la Asociación Internacional de Investigación Pedagógica me pidió un trabajo relativo al tema para poder unir a otros que estudiosos de diferentes países iban a realizar también. Sobre la base de que la familia es un elemento fundamental en el desarrollo y en la educación del niño, me planteé el problema de que, aparte de las influencias específicas de la familia, podía hablarse de alguna influencia generalizada y que tuviera cierto carácter permanente a lo largo de la vida que se podría detectar. No es fácil hacer investigaciones sobre la influencia real de la familia en las ideas y las aptitudes de sus miembros. Sin embargo, tuve la osadía de plantear el problema de las posibles relaciones existentes entre la vivencia de una infancia feliz y la actitud generalizada —optimista o pesimista— frente a la vida. Encontré una asociación positiva y claramente significativa entre esos dos elementos variables. La consecuencia era que en la vida familiar es de primordial importancia que los niños se sientan felices.

Claro está que la anterior conclusión poco dice, porque ¿qué es eso de la felicidad infantil? o ¿qué queremos decir cuando hablamos de que un niño es o no es feliz? Inicé, y algunos colaboraron conmigo, el intento de descubrir en qué consiste la felicidad de la infancia; los resultados no fueron del todo satisfactorios y ahí quedó la cosa. Pero, posteriormente, en el intento de tener una base real para la orientación de los jóvenes estudiantes, promoví una exploración entre alumnos de 8.º de E.G.B. y 3.º de Bachillerato pidiéndoles que indicaran las que a su juicio son las cualidades más importantes de un hombre. En la exploración se mencionaron alrededor de un centenar de cualidades; seleccionadas las que tenían una frecuencia más significativa, resultaron 16; estudiadas las correlaciones entre ellas, sobre la base de la frecuencia con que habían sido mencionadas por los distintos grupos de estudiantes, y realizando después un análisis de conglomerados, resultó un primer conglomerado constituido por la alegría, la generosidad, la sinceridad y el trabajo.

De nuevo la alegría se me presentaba ante los ojos sin que yo la hubiera buscado, por así decirlo. Pero ahora no se presentaba como una cualidad o condición humana entre tantas, sino constitutiva del conglomerado de cualidades que tienen entre sí más relación y que además tienen las frecuencias más altas en el pensamiento juvenil. ¿Por qué esta situación privilegiada de la alegría en la vida ascética, en la vida infantil y en el pensamiento juvenil?

Mi sorpresa inicial ante la mención explícita de la alegría como una de las cualidades principales del hombre, nació del contraste con la pérdida de la alegría, una de las características lamentables, a mi modo de ver, de las sociedades desarrolladas, es decir, aquellas que tienen un suficiente grado de posibilidades técnicas que le facilitan la vida material. En el campo de la política, de los problemas y cuestiones sociales, incluso en aquellas situaciones buscadas a propósito para relajar, tal los espectáculos y las diversiones, se puede fácilmente detectar una actitud de crispa-

ción, de agresividad hacia las situaciones y las personas. Hasta en el mundo de la familia, estamos asistiendo a la manifestación de una creciente incapacidad de entenderse los cónyuges entre sí, los padres y los hijos, los hermanos. Pero tal vez esta misma condición, la falta de la alegría, da más fuerza a la conciencia de su necesidad.

Por otra parte, la solicitud por conocer y promover las causas de la alegría, es, probablemente, uno de los fundamentos, tal vez el más firme, para defender a la persona humana de los absorcionismos socializantes, especialmente los políticos.

Valgan estas indicaciones para justificar el que traiga hoy a la Academia el tema de la alegría, tomando como punto de partida la exploración en el mundo juvenil que acabo de mencionar.

Una última observación antes de entrar en el tema:

Mi exposición, más que conclusiva, será interrogativa. Apenas entré en el estudio de la alegría me encontré con una realidad tan compleja, tan extensa y tan profunda a la vez, que me parece necesaria una previa aclaración de conceptos para evitar, en lo posible, el riesgo de perdernos en la maraña de la vida humana pues, como veremos, en todos sus aspectos y manifestaciones puede incidir la alegría.

Parece que la primera cuestión por resolver es identificar aquello a lo que nos referimos cuando hablamos de la alegría porque, a fuerza de utilizar mucho esta palabra, produce la impresión de que ha perdido, o tal vez nunca los ha tenido, los perfiles precisos que delimitan su significación. En pocas palabras, hemos de intentar responder a la pregunta qué es la alegría.

Unas rápidas miradas al lenguaje y a la historia del pensamiento serán las bases para enriquecer, aclarar y explicar nuestras ideas.

EL LENGUAJE CLASICO

Cuando se intenta llegar a un concepto parece que lo primero es mirar a las expresiones con que en el lenguaje coloquial o corriente se alude a la realidad que se intenta conocer.

No es exagerado hablar de una multitud de palabras que se refieren de algún modo a la alegría. Placer, satisfacción, regocijo, fiesta, felicidad... son otros tantos ejemplos de palabras coloquiales estrechamente vinculadas al objeto de nuestras reflexiones. Si para entender el significado de tales expresiones, acudimos a las fuentes ordinarias de nuestro idioma, las lenguas griegas y latinas, probablemente nos acercaremos al significado original de estas palabras entrando en sus raíces.

En la lengua griega, expresión del origen inmediato de nuestra cultura, ya se encuentran los elementos significativos de lo que es la alegría y los fenómenos con ella relacionados.

Desde el primitivo lenguaje homérico hasta la culminación de la filosofía en Aristóteles, las expresiones helénicas indican la variedad y complejidad del hecho de la delectación humana, mostrando al mismo tiempo su riqueza, pero también la dificultad para conocerla y expresarla.

La palabra griega que de modo más directo y general significa alegría parece ser *jará* (χαρά) ligada a *jaris* (χαρίς= lo que brilla, lo que alegra, gracia, encanto) de donde *jairo* (χαίρω= alegrarse, estar contento). En estas expresiones se alude tanto a la condición objetiva de lo que produce alegría cuanto a este sentimiento como poseído por el hombre. Sin embargo, las dos palabras que no sólo tienen la misma significación genérica, sino que han dado nombre a distintas corrientes de pensamiento son *hedoné* (ἡδονή) y *eudaimonia* (εὐδαιμονία). Una y otra solapan parcialmente su significado de placer o satisfacción. Sin embargo, mientras *hedoné* parece bascular predominantemente hacia el lado sensible para significar el placer de los sentidos, *eudaimonia* parece hacer una más directa referencia al mundo espiritual.

Hedoné es palabra emparentada con *hedús* (ἡδύς) que significa dulce, suave (de aquí el vocablo latino *suavis*), aceptación que directamente alude a una cualidad sensible. *Eudaimonia*, con sus dos elementos *eu-* y *-daimonia* incorpora dos significaciones profundas a la alegría. *Eu*, como se sabe, es una partícula que significa preferentemente bien. *Daimonia*, de *daimon* (δαίμων), es una alusión a la divinidad. *Eudaimonia* sería, por tanto, algo así como un bien otorgado por los dioses. De aquí que también esta palabra tenga sentido de suerte, buena suerte.

Particularmente expresiva resulta la palabra *eufrosine* (εὐφροσύνη). En ella podemos encontrar condensada la vocación intelectual de la civilización griega. *Eufrosine* significa contento, alegría, gozo, placer, es decir, tiene un significado radical no cognitivo. Sin embargo, su origen está en *froneo* (φρονέω) que significa tener entendimiento, buen sentido, ser prudente, pensar, del mismo origen viene *phronesis*, con el significado de espíritu, inteligencia, sabiduría, especialmente divina, sensatez, temple, nobleza. Palabras todas ellas que arrancan de la raíz general de *fren* (φρήν), cuyo significado primigenio es el de membrana envolvente, después la envoltura del corazón y, finalmente, el corazón mismo, en tanto que sede de sentimientos, afectos, inteligencia y voluntad. Animo, alma, espíritu, son otras tantas significaciones de una voz que había, posteriormente, de desplegarse en un amplísimo abanico de significaciones. Volviendo a la voz *eufrosine*, podemos en ella reconocer la raíz intelectual, prudencial y afectiva de *fren* y al mismo tiempo la significación de *eu*, es decir, bien. Toda la profundidad y amplitud del significado de

alegría me parece que se halla condensado en estos dos elementos semánticos de la voz *eufrosine*. La alegría es algo que incluye en sí mismo el bien y la sabiduría. También conviene recordar que *εὐφροδύση* es el nombre de una de las tres gracias, hecho que pone de relieve la relación de la gracia misma con la alegría.

Otra palabra, *συμπραξία* (bien hacer) indica más claramente la vinculación de la alegría con el mundo de la actividad.

Parecida variedad a la de los significados que hemos visto en la lengua griega vamos a encontrar en el vocabulario latino. La lengua latina viene a reforzar básicamente las mismas ideas implicadas en las voces griegas que hemos examinado. Algún matiz, sin embargo, se añade a las significaciones fundamentales.

Delectatio, gaudium y laetitia, son las tres palabras latinas cuya significación más se acerca al de la castellana alegría.

Delectatio es la palabra de significación más general entre las tres; vale tanto como deleite, contento, satisfacción; su origen (de *delecto* = atraer, encadenar con atractivo, deleitar), vinculado a *deligo, is, ere* = elegir o escoger, nos habla de dos caracteres del fenómeno que estamos estudiando: En primer lugar, no parece que sea un hecho originado en nuestro propio ser, sino más bien en el exterior, del cual nos viene un cierto estímulo de atracción y deleite en el cual nos sentimos sujetos o encadenados. Mas, como si el propio lenguaje coloquial quisiera hacer patente el carácter original de nuestra persona y de los hechos psíquicos, el *deligo* hace referencia a una operación de voluntad, elegir, escoger. No es menester seguir más adelante para que nos encontremos ya con la paradoja de la delectación o deleite: en él nos sentimos apresados, pero al mismo tiempo elegimos.

La palabra *gaudium*, equivalente a nuestro gozo, alegría, satisfacción. Como *laetitia*, tiene el doble significado de efecto o estado interior y al mismo tiempo la referencia a una condición objetiva, la de producirnos alegría, que tienen determinadas cosas o acciones. Plinio habla de la risueña o alegre primavera, *gaudia agnorum*. Sobre esta significación general, la voz *laetitia* se refiere más específicamente a la condición objetiva de algunas cosas, y así, significa también gracia, encanto. Y aún podríamos añadir un elemento semántico más: abundancia. Columela habla de la fertilidad de la tierra, *laetitia pabuli*, abundancia de pastos.

Sin embargo, la palabra latina que hace referencia de un modo más patente a la condición objetiva de las cosas capaces de proporcionarnos alegría es la voz *gratus*, de la cual se puede considerar nuestra voz *grato* la versión castellana, directa, para significar aquello que nos produce gusto, deleite o agrado. Sobre esta palabra volveré pronto.

Otras palabras como *voluptas y beatitudo* apuntan hacia algunas particularidades en la significación general de *delectatio*. *Voluptas*, es deleite, placer, predomi-

nantemente sensible, de donde arranca el vocablo castellano voluptuosidad. *Beatitude* significa bienaventuranza, felicidad, dicha grande, lo mismo que *felicitas*. Esta última, derivada de *felix* (que se convierte en la castellana feliz) tiene entre sus significados el de fecundidad, con lo cual se alude no al carácter afectivo de la alegría, sino a su trascendencia efectiva en la vida humana.

EL LENGUAJE ACTUAL

Tras la mirada a los idiomas clásicos en los que tiene su origen nuestra lengua, podemos preguntarnos por lo que nos dice el lenguaje actual acerca de la alegría.

Por lo pronto, no es exagerado hablar de una multitud de palabras que se refieren a la alegría, hecho que ya muestra su complejidad. Todas ellas tienen de común el referirse a una situación satisfactoria; pero ofrecen algunas matizaciones que vale la pena tener en cuenta.

Entre las numerosas palabras del lenguaje coloquial relacionadas con esta idea, la mayor parte se refieren a ella como un sentimiento, un fenómeno subjetivo. Otras, ponen de relieve lo que tiene de connotación dinámica. Otras, finalmente, indican o significan diferentes manifestaciones.

Hay términos que se refieren a la alegría como sentimiento y como en una noria dan vueltas a la significación de placer o gusto. *Placer, complacencia, gusto, deleite, goce*, son vocablos que por su carácter genérico tanto se pueden aplicar al sentimiento propiamente dicho de la alegría cuanto al placer en general. Dentro de este núcleo de palabras hay una, sin embargo, que presenta una matiz singular: es el *agrado*.

El agrado como hecho de agradar y también cualidad que convierte a las personas o cosas en realidades «gratas», corrientemente se toma por significación análoga a la alegría, una especie de alegría suave, tranquila. Sin embargo, la raíz etimológica del agrado, *gratum*, está diciendo que la alegría es algo que se nos da. Un don, un regalo, con lo cual se pone de relieve la dificultad de que el hombre pueda actuar directamente sobre su propia alegría. Esta le viene, o le adviene, como fruto de otra realidad distinta: la alegría procede del bien poseído o esperado.

Hay otro grupo de vocablos, menor que el anterior, que se refieren a la alegría como un impulso expansivo. Todos ellos pudieran concentrarse en el significado de la *animación*.

Palabras como júbilo, regocijo, optimismo, entusiasmo, parecen aludir a un cierto influjo a modo de dilatación del ser. Tal vez pudiera precisarse que el optimismo viene a ser como una especie de alegría cognitiva que nos permite ver las

cosas como buenas y por lo mismo favorece nuestra acción de acercamiento a ellas. El entusiasmo es, etimológicamente, endiosamiento y eleva a la alegría a una realidad sobrehumana.

La *satisfacción* es un componente de la alegría, pero no se identifica con ella. El vocablo castellano *satisfacción* tiene una doble raíz latina, *satis*, que significa suficientemente, bastante, y *facere*, hacer. *Satisfacción*, por consiguiente, significaría bastante hecho o haber hecho bastante. La misma raíz tiene *saciar*, que viene a ampliar el significado de *satisfacción* añadiéndole la idea de abundancia. La *satisfacción* implica saciedad y aquietamiento.

Con la palabra *alegría* ocurre una cosa singular. En lugar de tomar como base uno de los dos vocablos latinos que más adecuadamente significan lo que entendemos por alegría, a saber, *gaudium* y *laetitia*, se toma como base un término poco usado, *alicer*, de cuyo genitivo *alecris* ha surgido la palabra castellana *alegría*. Esta historia semántica, ofrece una indicación preciosa para interpretar bien su significado; *alicer* significa vivo, animado, con lo cual se introduce en la alegría el concepto de animación que, en su sentido más profundo —infundir ánima o alma a las cosas— vale tanto como convertir a la alegría en principio de vida. Por otra parte, en su significación más vulgar, animación es tanto como movimiento, impulso. Unidos ambos significados, muy semejantes entre sí por otra parte, proporcionan un carácter dinámico que viene a complementar la idea de alegría como una pasiva conmoción interior.

La *satisfacción* es un elemento básico de la alegría, pero la alegría añade al significado de suficiencia o *satisfacción* la idea de animación, dilatación.

La alegría ciertamente quita la inquietud; pero el aquietamiento que produce no es otra cosa sino la base, o rampa de lanzamiento, del impulso expansivo que tantas veces he mencionado. La alegría tiene un carácter comunicativo que se pone de relieve también en el lenguaje coloquial en multitud de palabras que se refiere a la expresión interpersonal y colectiva de la alegría, a las que inmediatamente me voy a referir.

Uno de los sentidos de la animación es *comunicar* alegría. Pero tal vez la palabra que resume la expresión personal de este sentimiento sea la de *jovialidad*. La *jovialidad* es una cualidad personal que en palabras, gestos, actitudes y obras expresa y transmite júbilo, alegría. La *jovialidad* como elemento comunicativo ejerce un influjo atemperador en los otros. Anima a quien está dominado en exceso por sentimientos negativos. El *donaire*, el *buen humor*, el *juego*, la *risa* y la *sonrisa* son expresiones estrechamente ligadas a la *jovialidad*.

La típica expresión colectiva de la alegría es la *fiesta*. *Agasajo*, *algazara*, *diversión*, *esparcimiento*, *juerga*, son palabras estrechamente vinculadas a la idea de fiesta; con cada una de ellas se indica algún matiz de este fenómeno universal.

Para terminar, un dato curioso. Las palabras castellanas referentes a la alegría se derivan generalmente del latín; debe señalarse como excepción uno de los compuestos de eu, *euforia*, trasladada sin más al castellano para significar no simplemente la facilidad para soportar o llevar algo, significación originaria de la palabra griega, sino para significar una especial sensación de bienestar con manifestaciones exteriores.

De intento, en este recorrido lingüístico, he dejado sin mencionar las dos palabras que se hallan más íntimamente vinculadas al significado de la alegría: placer y felicidad. A ellas he de referirme al precisar el concepto de alegría.

UNA RAPIDA MIRADA HISTORICA

Un estudio detenido sobre la evolución del concepto de alegría ocuparía más espacio y tiempo del que ahora dispongo. Pero es posible, y útil, echar una rápida mirada al pensamiento occidental que nos permita identificar la aparición de unas cuantas ideas que entran como componentes en la significación actual de la alegría.

Vaya por delante que, en nuestra tradición cultural, los estudios sobre la alegría se hallan subsumidos en las reflexiones que filósofos y psicólogos dedican al placer y a la felicidad.

Anaxágoras y Empédocles ya trataron el placer y el dolor afirmando que la causa de aquél es todo lo similar a nuestro cuerpo y la causa del dolor todo lo que es desemejante. Diógenes de Apolonio parece que fue el primero en relacionar las pasiones con los estados humorales del cuerpo, uniendo la abundancia y la proporción de los humores con el placer, mientras que la escasez de estos elementos produciría el dolor. Sin embargo, es Hipócrates el que da el primer testimonio definido en un intento de localizar en algún órgano tanto la vida afectiva como la cognoscitiva. Según él, las reacciones negativas de miedo, tristeza y ansiedad tienen una localización determinada, mientras que los estados de alegría se difundirían por todo el cuerpo. Vale la pena tomar nota de esta idea hipocrática porque en ella se puede ver un primer atisbo del carácter universal de la alegría respecto de la vida humana; en otras palabras, la alegría incide en cualquier manifestación del hombre.

En el pensamiento de Platón, el placer y el dolor constituyen la doble fundamentación de todas las pasiones del alma. La rotura de la armonía causa el dolor, mientras que el placer es la restitución del natural equilibrio. A Platón se le debe la identificación de dos clases de placer y dolor: el corpóreo y el espiritual.

En Aristóteles, el pensamiento en torno al placer constituye la base de su doctrina sobre las pasiones. El estudio aristotélico más completo acerca de las pasiones se encuentra en la *Retórica*. Pero en sus tratados de *Ética* introduce y estudia dete-

nidamente el tema de la felicidad. Tanto el placer como la felicidad, en el pensamiento aristotélico, nacen del ejercicio connatural de las facultades humanas, que, cuanto más perfectas sean, más perfecta complacencia producirán. Alude también a un elemento divino que, junto con la acción humana, origina la felicidad.

Los estoicos dieron al estudio de las pasiones una orientación predominantemente moral; de ellos procede la idea de las pasiones como enfermedades de la mente. Entre ellas, el placer es una expansión irracional.

San Agustín entiende las pasiones como perturbaciones del alma —reflejo en cierto modo del pensamiento estoico— y apoyándose tanto en la doctrina de los estoicos como en un verso de Virgilio, identifica las cuatro pasiones principales: temor, deseo, dolor y gozo.

En el pensamiento agustiniano, las pasiones son más movimientos del alma que del cuerpo, porque «el alma no sólo se altera y turba movida de la carne, de manera que desee, tema, se alegre y entristezca, sino que también de suyo y por sí misma puede moverse con esas pasiones» (Civ. D., XIV, 5).

Sobre la síntesis que de la cultura antigua construye Santo Tomás, establece la distinción neta entre el placer —delectatio— que se incluye en las pasiones y la felicidad —beatitudo— que es el tema capital de la Ética. A él le debemos la neta distinción entre el placer en general y el gozo, que se podría identificar con la alegría, como deleite o complacencia espiritual, nacido de la razón. Igualmente señala, de un modo explícito, la existencia de un componente cognoscitivo en todo placer o delectación. Es el primero en caracterizar la alegría (latitia) como impulso expansivo del alma.

A partir del Renacimiento parece como si los estudios sobre el placer dominaran la Filosofía y la Psicología, relegando al campo de la Ascética y la Mística el tema de la felicidad y la alegría en tanto que implicada en ella. Santa Teresa reiteradamente habla de la alegría en general y trata en especial de la alegría en los dolores y dificultades. Tanto en sus cartas cuanto en sus escritos largos como el de su vida, recomienda estar alegre desde los principios. «Procuren estar alegres», dice en una de sus cartas y en el libro de su vida recomienda «andar con alegría y libertad» desde los principios. Habla de la alegría en los dolores, en las incomodidades, en la obediencia, en la mortificación, en la práctica de virtudes y aun en las virtudes de los demás.

Kant, como la mayoría de los filósofos, más que de la alegría (Fröhlichkeit) habla de la felicidad (Glücklichkeit) dándola un significado ambiguo, ya que unas veces dice de ella que no es un ideal de la razón sino de la imaginación, y otras veces, que es deseada por todos los seres racionales.

A partir de Wundt se independizan los sentimientos, como fenómenos afectivos, de las sensaciones, fenómenos cognitivos.

El concepto de pasión cede ante los de emoción y sentimiento y se abre el camino a las aportaciones de la Biología a los estudios del mundo afectivo.

El pensamiento contemporáneo se ha proyectado más sobre los fenómenos opuestos a la alegría; más que los sentimientos o emociones positivas ocupan un puesto relevante en los estudios actuales problemas tales como los de frustración, depresión, agresividad... En su fondo se adivina la tristeza. No sé si es una simplificación excesiva decir que la neurosis, cuyos síntomas se presentan como un conjunto de manifestaciones opuestas a la alegría, constituye uno de los grandes campos de la Psiquiatría y aun de la Psicología actuales, tan influidas por Freud cuya primordial preocupación era «llegar a desvelar el sentido de los que en su tiempo se llamaban “síntomas histéricos”» —hoy diríamos síntomas neuróticos—, escribe Frankl, uno de sus discípulos (Frankl, 1979, 13). Es curioso que se haya escrito un libro con el título de *La depresión*, que lleva como subtítulo: *Psicopatología de la alegría* (Cardona, 1984). Por otra parte, uno de los autores más significativos en los estudios actuales sobre el hombre, a quien acabo de nombrar, Víctor Frankl, publica una de sus obras con el título *Homo patiens* (1955). No estará de más añadir que últimamente han surgido algunas iniciativas para llevar adelante investigaciones empíricas sobre el tema de la alegría (Veenhoven, 1984).

EL CONCEPTO DE ALEGRIA

Las rápidas miradas al lenguaje y a la historia del pensamiento nos han permitido ya ver la enorme riqueza de significados que dentro de la alegría se incluyen o con ella se relacionan. Pienso también que nuestra propia experiencia se ve reflejada en las expresiones del lenguaje coloquial, en el que se pone de manifiesto claramente la complejidad de la alegría. Nos sentimos alegres en las situaciones más variadas; en el campo, en la casa, en el aislamiento, en la compañía, en la actividad, en el reposo. Y, recíprocamente, un mismo objeto o una misma situación objetiva en ocasiones nos produce alegría, en otras nos produce tristeza.

Por otro lado, tenemos experiencia de una gran variedad de estados y manifestaciones de la alegría. Desde la alegría silenciosa que experimentamos en la compañía de personas queridas o en la contemplación de una obra de arte hasta la exaltación jubilosa de una fiesta.

Veamos el modo de ordenar este complejo de experiencias y significaciones.

Por lo pronto, la alegría se nos presenta no como un puro conocer sino más bien como un sentir. Cuando estamos alegres nos sentimos a gusto. Entramos en un

estado de satisfacción y complacencia. Satisfacción que es algo como aquietamiento de nuestras necesidades o deseos por haberse visto cumplidos. Complacencia que es tanto como hallar deleite, gozo o contento con algo (com-placer).

Junto a la satisfacción y complacencia, que parecen desembocar en una situación de reposo, experimentamos también algo que ya se mencionó en el excursus lexicográfico que hice anteriormente. En la alegría se experimenta un incremento en la tonalidad afectiva de nuestro ser expresada en la animación que la acompaña.

Si pretendemos ahondar en nuestra reflexión nos encontramos con que a veces descubrimos una razón para la alegría, nos explicamos con relativa claridad por qué estamos alegres o dejamos de estarlo, mas en otras ocasiones percibimos que la alegría nos invade sin que acabemos de encontrar explicación suficiente. En otras palabras, no somos dueños absolutos de nuestra alegría.

Cuando nos explicamos la alegría nos damos cuenta de que vino a nosotros y removió nuestro interior tras haber alcanzado algo que deseábamos, o haber realizado un buen trabajo, o en el hecho de encontrarnos y estar con personas amigas, en suma, cuando las cosas van bien. Es la unión con el bien lo que nos produce alegría.

La unión con el bien, la esperanza del bien o la actividad bien realizada, es decir, connatural con nuestras facultades, produce la alegría como una consecuencia que a su vez reobra sobre nuestra situación y actividad. Incluso en el caso de una decisión de buscar alegría (con independencia de que la alcancemos o no), como cuando decimos «vamos a pasarlo bien», proyectamos o esperamos hacer algo o reunirnos con alguien que consideramos como bueno o agradable para nosotros. Cuando decimos «me gustaría...», estamos diciendo que esperamos encontrar alegría en la consecución de algo. La alegría no es ni un ente sustantivo ni un fin inmediato, se encuentra siempre *en* algo.

Ese *en*, que sustenta la alegría, no es ni más ni menos que el bien poseído o esperado. Pero no un bien abstracto o el bien que va a dar sentido a nuestra vida, sino los bienes concretos de cada acto, situación o relación.

Llegados a este punto parece que tiene sentido que nos preguntemos por la clase de fenómeno que es la alegría. La contestación a esta pregunta puede facilitarnos el elemento genérico de la definición si es que podemos llegar a ella.

Dentro de la dificultad de precisar el significado de las palabras con las que se intentan expresar los fenómenos no cognitivos de la vida humana; hay tres vocablos utilizados corrientemente en Psicología, asociados estrechamente a la alegría. Son el tradicional término *pasión* y, los más utilizados en la actualidad, *emoción* y *sentimiento*. En los tratados de psicología clínica o de orientación psiquiátrica se utiliza con bastante frecuencia otra expresión que también vale la pena que tengamos en

cuenta, el *estado de ánimo*. En concreto, podemos preguntarnos: ¿es la alegría una pasión, una emoción, un sentimiento o un estado de ánimo?

Pasión significa propiamente la conmoción que un sujeto sufre al recibir un estímulo. Es término correlato y opuesto al de acción. La idea de violencia que comúnmente se atribuye a la pasión es un añadido de los tiempos modernos. Algunos psicólogos entienden la pasión como un fenómeno desorganizador de la vida afectiva.

Emoción propiamente significa mutación, conmoción, movimiento (*e-movere = mover*). Este término expresa principalmente la perturbación, corrientemente pasajera, que la vida afectiva produce en el componente biológico del hombre.

La palabra sentimiento expresa igualmente un fenómeno complejo de orden afectivo en el cual los elementos de imaginación y conocimiento tienen un papel más importante que en la simple emoción. Se acerca más al psiquismo superior del hombre y tiene una particular influencia en sus actitudes y modos peculiares de expresión. Se puede admitir (con algunos psicólogos) que el sentimiento es la forma más elevada y sutil de la reacción emotiva.

El estado de ánimo es una estabilización temporal de la tonalidad afectiva en el que convergen los elementos orgánicos y los psíquicos del hombre, condicionando en cierto modo su actitud y su reacción respecto del entorno.

La alegría es un fenómeno suficientemente complejo para que se le puedan aplicar todos y cada uno de los significados de pasión, emoción, sentimiento y estado de ánimo, con que se suele aludir al mundo de la afectividad. Es una pasión, en tanto que nacida de un fenómeno exterior a ella; es una emoción, puesto que existe alguna conmoción interna; es un sentimiento porque, yendo más allá de los fenómenos sensibles, incide en la vida superior del hombre, y es un estado de ánimo porque en él se sintetizan todos los elementos del hombre disponiéndole para un modo peculiar de estar y de obrar.

A efectos de una posible definición entiendo que no es conveniente utilizar los términos pasión y emoción para referirnos a la alegría; cargan el acento demasiado en la parte sensible del hombre. Sentimiento y estado de ánimo serían más adecuados para expresar lo que la alegría es; cualquiera de ellos podría utilizar como género próximo de la definición. Me parece más expresivo el término estado de ánimo porque, de una parte, significa, más claramente que el sentimiento, la convergencia de los elementos orgánicos del hombre y al mismo tiempo se incluye en él una cierta connotación dinámica muy propia —como repetidamente se ha dicho— de la alegría.

Para completar esta idea genérica de lo que la alegría es, bueno será tener en cuenta que si bien no es un fenómeno cognitivo, en ella está encapsulado necesaria-

mente un conocimiento. Más aún. La autenticidad de la alegría se fundamenta en la verdad. El bien que se tiene o que se espera debe ser real y no imaginario y el conocimiento del bien ha de ser verdadero y no falso. De aquí el que las satisfacciones espirituales se apoyen y justifiquen en la sabiduría. La alegría que no tiene tal punto de apoyo es, por lo mismo, irreal, ilusoria, falsa.

También hemos de hacernos cargo de la diferencia existente entre el deleite de orden sensible y el de orden espiritual, diferencia establecida inicialmente ya en la filosofía griega y claramente establecida en la filosofía cristiana. Es también un hecho de experiencia personal. Si hemos de precisar el significado de la alegría es menester echar mano de dos conceptos antes aludidos pero no explicados: el placer y la felicidad. Veamos cuál es su significado preciso y sus relaciones con el tema que nos ocupa.

Para entender lo que la alegría es se ha de dar por supuesto que se encuadra en una realidad universal: la atracción de los seres entre sí.

Se da una atracción entre las cosas inanimadas; en este caso los objetos que se atraen no conocen tal atracción. Pero cuando uno de los polos de atracción es un ser con capacidad de conocimiento, la unión de las cosas que mutuamente se atraen da lugar a la satisfacción. La satisfacción es un hecho propio de la naturaleza animal. Cuando se trata de un conocimiento intuitivo, sensible, propio del animal y del hombre, la satisfacción se llama *placer*. Pero el ser humano tiene capacidad de conocimiento intelectual que le permite conocer la razón, el porqué, de una satisfacción; conoce y puede también alcanzar bienes inmateriales. En uno y otro caso, el sentimiento de atracción o complacencia es propiamente *alegría*.

La alegría brota en cualquier actividad o relación satisfactoria y se acaba igualmente cuando los factores que la han producido dejan de actuar. Pero la aspiración a la alegría se mantiene; todos querríamos alcanzar una alegría permanente, inacabable, completa. Tal deseo es propiamente aspiración a la *felicidad*.

En la línea de los sentimientos placenteros, la alegría se halla situada entre el placer, satisfacción o deleite de orden sensible y la felicidad que, en sentido subjetivo, es el gozo total y perfecto. En medio de estos dos polos, la alegría es complacencia de orden espiritual que puede coexistir con la ausencia de placer sensible, incluso con el dolor físico.

La adscripción de estos significados precisos a cada uno de los tipos de complacencia mencionados, placer, alegría, felicidad, responde a una decisión discrecional y como tal puede aceptarse o no. Pero es conveniente y aun necesaria tal distinción de significaciones si se quiere introducir alguna claridad en la multitud de palabras que se utilizan para expresar las variadas modalidades del deleite humano. Placer, alegría y felicidad son realidades distintas y por lo mismo deben tener distintas y

apropiadas denominaciones. Esta diferenciación se encuentra ya en el pensamiento clásico. La trilogía de palabras griegas *χαρά, ηδονή, ευδαιμονία* y las latinas *voluptas, gaudium o laetitia, beatitudo o felicitas* ofrecen base suficiente para la distinción de significados que se acaba de exponer.

Tal vez convenga que nos paremos un momento a fin de penetrar un poco más en la diferencia de los tres planos en que se mueven respectivamente el placer, la alegría y la felicidad.

No hace mucho, en una exposición de arte contemporáneo me llamó la atención un cuadro de René Magritte que llevaba por título «Las profundidades del placer». El tema era llamativo, pero el cuadro, de factura indudablemente correcta, no tenía garra; y no por academicismo, sino por una cierta trivialidad de sus elementos. Me preguntaba por qué la obra no tenía fuerza y di con una respuesta: Es que el placer no tiene profundidad. Es material y, por lo mismo, pura exterioridad, se queda en la superficie de la vida humana.

La profundización del placer, como de cualquier realidad sensible, no tiene otro camino sino la confrontación con el espíritu y en esta confrontación sólo hay dos desenlaces posibles: o sale airoso y enlaza con el espíritu, en cuyo caso el placer se convierte en alegría, o se rechazan y entonces el placer es algo que desaparece dejando un sabor de cenizas amargas.

La alegría se mueve en lo profundo del alma como la raíz de una planta que va a producir flores. Pero le afectan los vaivenes del tiempo y la mudanza de las estaciones.

La alegría es como las semillas que en cada estación florecen dando animación al campo. Vale la pena notar cómo el fino sentido del lenguaje coloquial dice que «las flores *alegran* el campo». Mas una lluvia fuerte, un vendaval, el simple transcurso de unos días o unas semanas acaba con esa preciosidad de plantas. Es la alegría humana, soterrada, espiritual, pero transitoria.

Hay, sin embargo, especies, que los jardineros llaman vivaces, cuyas semillas también florecen. Asimismo, los temporales y el paso del tiempo agostan las flores y en apariencia se extingue la planta. Pero sólo es apariencia, porque bajo la tierra la raíz resiste. Volverá a pasar el tiempo y de nuevo las hojas y las flores brotarán para embellecer la tierra. La alegría se ha hecho permanente, más fuerte que los vaivenes de la vida; realmente se ha convertido en felicidad. Porque la felicidad, en su significación subjetiva, es alegría que no muere.

Entre el nivel sensible, superficial y perecedero, del placer y la hondura firme, imprecadera, de la felicidad, la alegría se mueve en una situación intermedia, profunda por espiritual, mas en riesgo de acabar. A su vez, sobre el fondo del anhelo irrevocable de perfección y permanencia en el bien, que en todo ser humano existe,

la alegría lleva dentro de sí, necesariamente, la aspiración a la felicidad; es verdaderamente felicidad incoada.

La alegría se nos aparece así como un fenómeno típicamente humano. Por encima del placer sensible, propio del animal, y por debajo y en camino de la felicidad, propia del mundo divino.

Las ideas que se acaban de exponer se pueden sintetizar en una definición que podría ser la siguiente: La alegría es un estado de ánimo, grato y estimulante, propio de la naturaleza humana, nacido de la posesión o la esperanza de un bien.

LA ALEGRÍA Y EL MISTERIO DEL HOMBRE

Cualquier tipo de bien, acorde con la naturaleza humana, puede ser origen de alegría que, igualmente, se halla como incoada en cualquier acto humano. De suyo, la alegría es un fenómeno particular y limitado a cada uno de los bienes que el hombre puede alcanzar, de los actos que realiza o de las situaciones en que se puede encontrar. Pero, si la vida humana viene a constituirse como la suma y ordenación total de todos los actos humanos y también de la existencia entera del hombre. Una alegría determinada indica que algún bien entra o está en la existencia del hombre. Una alegría continuada indica la continuación del bien. La alegría es el indicador de que las cosas van bien. Apurando la idea, podemos pensar que en la alegría se viene a resumir la comprobación de la vida perfecta del hombre porque ella es consecuencia y testimonio de la perfección de cualquier acto y del amor con que se realiza.

Si, por otra parte, consideramos la unidad de todos los actos humanos en tanto que responden al amor, tomado éste como operación de la voluntad, también la alegría se manifiesta, es una de las caras del amor; precisamente aquella que pone de relieve que alcanzó su fin. «El amor —dice San Agustín— anhelando poseer lo que se ama, es deseo; poseyendo y gozando de ello es alegría; eludiendo lo que le es contrario es temor y sintiendo esto, si acaeciese, es tristeza» (Civ. D. XIV, 27).

Ya podemos entrever que la alegría llega hasta el misterio del hombre. Es como una especie de atmósfera luminosa que envuelve nuestras acciones buenas y nuestras situaciones satisfactorias. Como la belleza es el esplendor del orden y de la realidad, la alegría es el esplendor del bien y de la dignidad.

Si pretendiéramos decir qué es eso de esplendor tendríamos que conformarnos con palabras un tanto imprecisas y paradójicas. El esplendor no es una cosa real que se añade a algo existente, es... algo diferente. Una especie de luminosidad no perceptible con los ojos materiales; algo indecible que pone en un nivel más alto de aprecio aquello que estamos contemplando. Como se puede ver, palabras imprecisi-

sas, alusiones a una realidad solamente entrevista, más allá de la imaginación y fuera del campo de la razón.

Preguntémonos ahora por qué de la actividad connatural surge la alegría. Probablemente la respuesta más clara y, por supuesto, la más escueta es «porque sí». Esta razón la damos cuando no alcanzamos otra razón suficiente. En vez de «porque sí» podríamos contestar diciendo que de la actividad connatural surge la alegría porque se halla implícita en la propia naturaleza de lo que estamos haciendo o contemplando. También a esta contestación podríamos seguir todavía añadiendo un nuevo por qué. ¿Y por qué está en la naturaleza de lo que hacemos o contemplamos? Para no seguir una cadena infinita de porqués hemos de terminar pensando en alguna causa. Tropezamos con un principio anterior al hombre. La Naturaleza para un agnóstico, Dios para un cristiano.

Al ser una posibilidad de cualquier acto humano, la alegría nace de la convergencia de dos principios. Aristóteles, reflexionando sobre las causas de la felicidad —que él no distingue de la alegría—, se preguntaba si podía ser causa del azar, y contestaba: «realmente, si hay en el mundo algún don que los dioses hayan concedido a los hombres, deberá creerse seguramente que la felicidad es un beneficio que nos viene de ellos, y tanto más motivo hay para creerlo así, cuanto que no hay nada que deba el hombre estimar sobre esto..., y añade que la felicidad es en cierta manera accesible a todos, porque no hay hombre a quien no sea posible alcanzar la felicidad, mediante cierto estudio y los debidos cuidados» (Et. Nic. I, 7). En otras palabras, la felicidad no es un efecto del azar, es a la vez un don de los dioses y el resultado de nuestros esfuerzos. Gracia de Dios y cooperación humana, diríamos los cristianos. También en el pensamiento cristiano la alegría es algo divino; como que se halla entre los frutos del Espíritu Santo. Tras de la caridad, el gozo, según San Pablo escribe en su Epístola a los Gálatas (V, 22). En el Evangelio son frecuentes las alusiones al Reino de Dios como «gozo completo»; toda la tradición ascética y mística del cristianismo es un despliegue del camino de perfección que se culmina en los actos más perfectos, los frutos del Espíritu Santo que, en frase de Tanquerey, «colman al alma de alegría» (1930, n.º 1.359) y las Bienaventuranzas que, en definitiva, son una descripción divina de la felicidad.

SENTIDO DE LA ALEGRIA EN LA EDUCACION

En tanto que síntesis y testimonio de la perfección de los actos humanos y del alcance del bien por parte del hombre, no parece haber duda del derecho que la educación tiene a ser considerada como una categoría pedagógica.

La primera cuestión que surge es semejante al problema socrático de si la virtud puede enseñarse.

Hemos visto que la alegría tiene un carácter pasivo en la medida en que nace de un estímulo que el hombre recibe. Nace y se apoya en algo anterior a ella misma. Mas, por otra parte, también la voluntad puede influir en la alegría. Si esto es así, ¿qué posibilidades tiene la educación puesto que en último término educar es intervenir, orientar y fortalecer un peculiar modo de vivir entendido y elegido como tal por el hombre mismo?

La solución de esta aporía se halla, brevemente dicha, en la imposibilidad, o por lo menos gran dificultad, para producir directamente la alegría pero al mismo tiempo la posibilidad de un camino indirecto, influyendo en aquellos factores de los cuales la alegría surgirá después. En resumen, y a reserva de explicaciones que lo justifiquen, no es posible una acción clara y directa sobre la alegría; pero, es posible la acción indirecta sobre los factores que la condicionan o determinan.

Antes de entrar en los problemas específicamente pedagógicos de la alegría, conviene recordar que cualquier actuación educativa necesariamente se ha de fundar en la situación y disposiciones de los sujetos que se educan. En una institución escolar se ha de contar con las disposiciones de los estudiantes. Bien entendido que se habla de tales disposiciones como *punto de partida* de la educación. En estos supuestos se apoya la conveniencia de conocer, entre otras cosas, qué lugar ocupa la alegría en la mente de la juventud.

Al comienzo de mi exposición mencioné una exploración entre estudiantes. De los datos obtenidos tras un análisis de conglomerados apareció un núcleo constituido por la alegría, la sinceridad, la generosidad y el trabajo.

Debo advertir, aunque pudiera no ser necesario, que ante estos resultados no digo que la alegría sea o deje de ser una cualidad importante ni tampoco que en la realidad se relacione de esa manera estrecha y particular con las tres cualidades que constituyen el conglomerado aludido. Se trata de una visión juvenil, es decir, de lo que los jóvenes, estos jóvenes incluidos en la exploración, piensan respecto de la alegría y el resto de las cualidades humanas. La semejanza o desemejanza que esta visión juvenil tenga con la visión real del hombre y sus cualidades es otra cuestión en la que no entro ahora.

Este peculiar aprecio y relaciones de la alegría en la mente juvenil indica un posible camino para la actuación educativa.

Si la alegría se halla estrechamente vinculada a la generosidad, a la sinceridad y al trabajo, desarrollando y potenciando los hábitos de trabajo, de sinceridad y de generosidad, nacerá y se reforzará la alegría en la vida del hombre.

Recordemos que el influjo educativo se realiza por dos vías: la del esfuerzo individual y la de la influencia de quienes nos rodean.

El trabajo en la actividad escolar y también, por supuesto, los pequeños trabajos que los muchachos pueden hacer en casa, dan pie a la alegría de la función, cuando el trabajo es gratificante de suyo, y a la alegría del éxito cuando, sobreponiéndose a las dificultades y asperezas del quehacer, el estudiante alcanza su objetivo. No es necesario mencionar el juego, que también tiene su lugar en la casa y en el colegio, porque esta actividad se define precisamente por la satisfacción que produce.

El trabajo viene a acompañar el esfuerzo individual, imprescindible para aprender algo. Exige un saber —saber hacer— y también implica la actualización de determinadas aptitudes.

Como actividad productiva de una realidad objetivable, el trabajo es la actividad universal mediante la cual el hombre interviene eficaz y operativamente en el mundo real que le circunda.

En el trabajo, el hombre sale de sí mismo para entregarse a la realización de algo. La tendencia natural del hombre hacia la perfección de él y de lo que hace, lleva a la aspiración de la Obra Bien Hecha. Basta con que el profesor enseñe bien y el alumno estudie bien para que su labor sea una fuente de alegría y tenga también un valor personal que nace precisamente de su condición de actividad bien hecha. Recordemos la conocida invocación de Eugenio D'Ors: «Todo pasa. Pasan pompas y vanidades, pasa la nombradía como la oscuridad... Una sola cosa, Aprendiz, Estudiante, una sola cosa te será contada, y es tu Obra Bien Hecha» (1973, 50). En la medida en que un profesor pida a sus alumnos que hagan bien lo que deben hacer, está poniendo en acción uno de los fundamentos de la alegría.

Acabo de referirme a la tarea de aprendizaje como una actividad individual. Pero no hemos de olvidar la segunda vía que el influjo educativo tiene: el ámbito social constituido por los grupos humanos en los que el hombre vive.

En las instituciones escolares, desde la escuela infantil a la universidad, el trabajo cooperativo es, todo profesor lo sabe, una exigencia de la educación actual. No sólo porque condiciona positivamente el aprendizaje, sino porque ofrece el mejor fundamento para el desarrollo de las virtudes sociales a las que podemos situar en una línea que va desde la justicia a la generosidad.

El trabajo cooperativo obliga a quienes lo emprenden a una actitud de justicia que impone el ofrecer y dar nuestro trabajo como algo debido a los demás, puesto que es un elemento de la obra común. Pero en las relaciones con los otros, si la justicia es algo obligado que fundamenta el valor de tales relaciones, la generosidad es como su perfección. En la justa colaboración algo se da a los demás, pero se da también en beneficio propio; en la generosidad se da también al otro, se le ayuda, se le ofrece, pero yendo más allá de la obligación, olvidándose de uno mismo.

La generosidad pertenece al campo de las relaciones humanas. Gobernadas éstas por la virtud de la justicia, la generosidad se nos presenta como culminación de todas ellas ya que si la justicia consiste básicamente en «dar a cada uno lo suyo», la generosidad va más allá y da sin medida. De algún modo la justicia es cuestión de números y la generosidad es, en todo caso, cuestión de amor.

La sinceridad se apoya en el valor individual del propio conocimiento. Una interpretación superficial nos haría ver que la sinceridad consiste simplemente en una virtud de palabra; cuando dice uno lo que piensa o siente es sincero. Pero todos tenemos experiencia personal de que cuando la sinceridad cuesta —y es entonces justamente cuando se ve con claridad su carácter de virtud— no simplemente pronunciamos palabras que son el reflejo de nuestros pensamientos sino que nos entregamos a nosotros mismos. A través de la verdad del hablar desvelamos la verdad de nuestra realidad, desnudamos nuestro ser. Es en esta sinceridad donde nuestra capacidad de entrega alcanza cotas de mayor profundidad. Si en las distintas acepciones de la verdad se entiende que la verdad ontológica es la verdad del ser, la verdad lógica, la verdad del conocer y la verdad moral, la verdad del hablar, la sinceridad sería la verdad de cada hombre singular.

El hondo valor educativo de la sinceridad aparece claramente en etapas avanzadas del proceso institucional de la educación, es decir, en la educación secundaria y en la superior, donde los estudiantes, capaces ya del desdoblamiento que supone la reflexión sobre sí mismos y especialmente sensibles a las relaciones sociales, son conscientes en ocasiones de que la sinceridad es cosa difícil, ardua, que puede ir en contra de nuestras apetencias egoístas, y surge así todo ese mundo de la picaresca estudiantil que, si en ocasiones aparece como cosa más bien entretenida y hasta ingeniosa, en el fondo puede llevar a una degradación profunda de nuestro ser y de nuestro trabajo.

Todo el proceso de la educación, tomado en conjunto, es como un inmenso campo en el cual se van produciendo alegrías en la convivencia colegial y en el logro sucesivo de los objetivos del quehacer escolar y familiar. En otra cara, la educación es también una constante esperanza: la de ir alcanzando poco a poco las sucesivas perfecciones —conocimientos, aptitudes, virtudes— cuyo entramado da sentido a la vida entera del hombre.

LA PERMANENCIA DE LA ALEGRIA. EL «HOMO GAUDENS»

En la sucesión de las distintas alegrías que se van alcanzando en el vivir y en el educarse hay como un atisbo de una irrenunciable aspiración humana: alcanzar una alegría permanente, sin soluciones de continuidad. En otras palabras —ya lo dije

antes—, aspiramos a que nuestra alegría se convierta en felicidad. ¿En qué medida se puede hacer real tal aspiración humana?

La permanencia de la alegría exige capacidad para sobreponerse a las dificultades —a los males— que en la relación y en la vida humana se encuentran. Tal dominio no sería posible si la realidad fuera totalmente mala. Afortunadamente no es ésta la situación; en el hecho del ser hay siempre un bien. Mas se necesita penetración mental suficiente para descubrir los aspectos positivos de las cosas y las circunstancias y fuerza de voluntad para que la «razón no sea absorbida por el dolor» (Santo Tomás de Aquino, *Summa Teológica*, 2-2 q. 123, a.8).

Agudeza intelectual y fuerza de voluntad. Pero no hay que hacerse ilusiones. Ni la inteligencia humana es capaz de descubrir siempre el sentido positivo de una realidad, ni la voluntad tiene fuerza para soportar y vencer la irrupción de todas las dificultades.

Sin una comprensión profunda de la realidad y especialmente del dolor y del mal, la alegría permanente es una utopía. El mal está complicando constantemente la vida; se halla a la vuelta de cada esquina. Solamente cuando se acepta la realidad sobrenatural, el misterio y la inmensidad de un amor absoluto, cobran su significado todas las realidades negativas de la vida. Las alegrías circunstanciales están al alcance de cualquiera, la alegría permanente sólo se puede apoyar en una realidad absoluta. Es en esta realidad absoluta, en Dios, en la que se apoya el sentido cristiano de la realidad, de la vida, del bien, del mal y del dolor.

La seguridad y garantía de que en cualquier cosa, acontecimiento y relación personal puede haber algún bien se sostiene en la fe firme para aceptar que todas las cosas, en su raíz primera, son buenas porque provienen y son mantenidas por la mano de Dios; que todos los hombres tienen una peculiar bondad potencial en tanto que hijos de Dios y que todos los acontecimientos son queridos o permitidos por Dios, omnipotencia absoluta y amor absoluto hacia los hombres. En él se apoya la firme esperanza de que todo es para bien. Dice Monseñor Escrivá de Balaguer que la alegría del cristiano «se hace constante porque nada es capaz de destruir la esperanza» (*Es Cristo que pasa*, n. 138).

En suma, viendo en la alegría la vivencia de la posesión o la esperanza de un bien, mirando asimismo a las especiales vinculaciones que tiene con la actividad y las relaciones personales, y considerando también que el ser humano puede apoyarse en la trascendencia, podemos diseñar al hombre como poseedor de inteligencia y firmeza que se manifiesten en una alegría constante, el «homo gaudens».

Todos los hombres pueden alegrarse. Pero la extensión y firmeza de su alegría depende, como antes ya dije, de la penetración intelectual para descubrir los motivos de alegría que en cualquier realidad y situación existen, y de la fuerza de volun-

tad para obrar siempre de acuerdo con las exigencias de la dignidad humana; en otras palabras, para obrar de acuerdo con la virtud. En última instancia, la alegría y aun la felicidad son como las flores o los frutos del obrar bien.

Si el diseño de caracterizar al hombre por una disposición relevante que permitiera distinguirlo de otros seres ha ayudado a utilizar expresiones tales como «homo sapiens» (Linneo, 1758), «homo faber» (Bergson, 1934), «homo ludens» (Hui-zinga, 1938), bien podríamos hablar del «homo gaudens» como el ser capaz de alcanzar y manifestar la alegría.

Recordando el conglomerado de cualidades en el que se resumen los valores y virtudes propias del ser humano y pensando que en el trabajo se hacen eficaces la capacidad intelectual y técnica de los hombres, y en la sinceridad y generosidad se resumen todas las virtudes sociales, podemos ver al «homo gaudens» como el hombre que sabe descubrir el aspecto positivo que hay en todas las cosas, actividades y relaciones, y tiene fuerza de voluntad suficiente para mantener su actitud positiva, de alegría, frente a cualquier situación en que se pueda encontrar. Merece la pena que la educación tenga como fin la formación y la realización de este diseño de hombre. Quizás no sea exagerado pensar que el «homo gaudens» es el «beatus vir» que deja traslucir su alegría.

BIBLIOGRAFIA

- AGUSTÍN DE HIPONA: *De Civitate Dei*, XIV.
- ARISTÓTELES: *Ética a Nicómano*, L. 1.
- BERGSON, H. (1934): *La pensée et le mouvant*.
- CARDONA PESCADOR, J. (1984): *Depresión. Psicopatología de la alegría*, Barcelona, Editorial Científico Médica.
- CONCILIO VATICANO II: *Gaudium et Spes*.
- DE LANDSHERE, V. (1978): *Définir les objectifs de l'éducation*, Paris, P.U.F.
- D'ORS, E. (1973): *Aprendizaje y Heroísmo*, Pamplona, Eúnsa.
- ESCRIVÁ DE BAÑAGUER, J.: *Es Cristo que pasa*, Madrid, Rialp.
- FRANCÈS, R. (1981): *La satisfaction dans le travail et l'emploi*, Paris, P.U.F.
- FRANKL, V. E. (1955): *Homo patiens*, Buenos Aires, Plantin.
- FRANKL, V. E. (1979): *La idea psicológica del hombre*, Madrid, Rialp. La 1.ª edición original de este libro se publicó en 1959.
- GARCÍA HOZ, V. (1941): *Pedagogía de la lucha ascética*, Madrid, Instituto de Pedagogía.
- GARCÍA HOZ, V. (1981): *Principios de Pedagogía Sistemática*, 10.ª ed., Madrid, Rialp.
- GARCÍA HOZ, V. (1982): *Calidad de educación, trabajo y libertad*, Madrid, Dossat.
- GARCÍA HOZ, V. (1983): «Génesis del Sistema de Objetivos Fundamentales de la Educación», en *Aula Abierta*, Universidad de Oviedo, n.º 39, diciembre.
- GARCÍA HOZ, V. (1984): *El entramado de las cualidades humanas*, Conferencia pronunciada en el VIII Congreso Nacional de Pedagogía, Santiago de Compostela (España).
- HACKMAN, J. R.; LAWLER, E. E. (1971): «Employees reactions to job characteristics», *J. Appl. Psychol.*, Monogr., 55, n.º 3.
- HERZBERG, F.; MAUSNER, B., y SNYDERMAN, B. (1959): *The motivation to work*, New York, Wiley.
- HUIZINGA, J. (1943): *Homo ludens*, Lisboa, Editorial Azahar. La 1.ª edición original de este libro se publicó en 1938.

- KANT, I.: *Fundamentación de la Metafísica de las costumbres*, cap. 2.
- LINNEO, C. (1758): *Systema naturae*.
- NUTTIN, J. (1980): *Théorie de la motivation humaine*, Paris, P.U.F.
- SPRANGER, E. (1935): *Formas de vida*, Madrid, Revista de Occidente.
- TANQUEREY (1930): *Compendio de Teología ascética y mística*, Desclée, Tournai (Bélgica).
- TERESA DE JESÚS: *Libro de la vida*.
- TOMÁS DE AQUINO: *Summa Theológica*, 1-2, esp. q. 31-33.
- UBEDA PURKISS, M. (1953): «Desarrollo histórico de la doctrina sobre las emociones», en *Ciencia Tomista*, 248 y 249.
- VEENHOVEN, R. (1984): *Data-Book of Happiness*, Dordrecht (Holland) Reidel Pub.
- VIVES, L.: *Tratado del alma*, 1. 3.º.